

EL MÉTODO CRÍTICO DE UN LINGÜISTA*

Guillermo García-Alcalde

Universidad Complutense de Madrid

El universo de trabajo de Dan Munteanu Colán es la palabra y, por extensión, el lenguaje. Es un universo que siempre moviliza mi curiosidad y dirige mis opiniones sobre cualquier clase de escritura, literaria o no. La ciencia lingüística descubre y clarifica los conceptos designados con palabras y se constituye en herramienta básica del conocimiento. El conocer abre caminos al saber. Y a través de ellos llegamos al fenómeno de identificación de la palabra y el pensamiento. Los griegos tienen un solo vocablo, *logos*, para designar *palabra* y *razón*; no porque piensan que sin razón no hay lenguaje, sino porque sin lenguaje no hay posibilidad de razonar. Las palabras incitan al hombre a aprender, dice Agustín de Hipona. Y leemos en el *Gorgias* platónico que la palabra es un poderoso soberano que, con un cuerpo pequeñísimo y completamente invisible, lleva a cabo obras sumamente divinas. Puede, por ejemplo, acabar con el miedo, desterrar la aflicción, producir la alegría o intensificar la compasión. Los encantamientos inspirados por las palabras aportan placer y alejan el dolor. Al confundirse el poder del encantamiento con la opinión del alma, la seduce, persuade y transforma mediante la fascinación. Las emociones, los afectos, los miedos y las esperanzas de la vida humana son inconcebibles sin la palabra, hasta el punto de que, sin palabra, no hay vida.

Estas pinceladas me llevan a manifestar mi admiración por la obra lingüística y lexicográfica de Munteanu, que contempla el mundo del pensamiento, la historia, las relaciones cotidianas, la creación literaria y los mitos mediante el análisis de la palabra. Y es el suyo un doble análisis, articulado en los lexemas y sintagmas de su lengua materna, la rumana, y los de la lengua adoptada, la castellana. El libro que reseñamos muestra la profundidad de su conocimiento de nuestra lengua, que le consiente una inmersión en los sentidos últimos del lenguaje de la historia y la literatura española e hispanoamericana, en paralelo con una sutil penetración en los nombres y los conceptos de la cultura rumana. El círculo virtuoso de su conocimiento completa la sabiduría de las designaciones con el rigor del estilo. La placentera lectura de sus ensayos sobre la escritura de los clásicos, con

* Dan Munteanu Colán: *Lecturas subjetivas. Afinidades selectivas*, Colección Bártulos 12, Ediciones de La Discreta, Madrid, 2013 (2014, 2ª ed.), 523 pp. ISBN: 978-84-96322-59-2.

Cervantes a la cabeza o el mito de Don Juan; de los narradores del siglo XIX, con Clarín y Pereda; el artificio dramático de Buero; la investigación inmensa de Manuel Alvar, «hacedor de palabras» como él lo adjetiva; escritores canarios contemporáneos como José Otero, Eugenio Padorno y León Barreto; y el *logos* creativo de los americanos Nicolás Guillén, Mujica Láinez, Carpentier, Jorge Amado, Sábato «el demiurgo» o Vargas Llosa, entre otros. En todos ellos ejemplifica la fusión del encantamiento con la opinión del alma, como señalaba el *Gorgias*. Y al hablar de rumanos en su folclore o sus apócrifos religiosos, de autores como Bacovia, Samoná, Gaboriau o de la inmortalidad de Drácula, ratifica el compromiso indivisible de magia y razón en toda forma de conocimiento nacida de la palabra.

Nuestro autor inició en Oviedo su andadura en la Universidad española, muy cerca de mi viejo y admirado amigo Martínez Cachero, lingüista y crítico que tiene en su haber los más importantes estudios sobre Clarín y su obra maestra, la novela *La Regenta*. Reconozco, por tanto, una línea genética de alto valor en su método y en su estilo. Los muchos años que lleva enseñando y escribiendo en la Universidad de las Palmas de Gran Canaria señalan una apología del rigor que es propia de las verdaderas autoridades de la filología. Reconozco igualmente el acento de una subjetividad legítima, que es la de dar al uso de las palabras la finalidad de registrar para nosotros mismos, y manifestar a otros, los pensamientos y concepciones de nuestras mentes. En definitiva, las palabras son, en todo lugar, idioma y circunstancia, signos o señales de las ideas del que habla o escribe. Pero también expresan las ideas de los demás. Porque de lo contrario serían vanas y no podrían hacerse comprender. La crítica literaria del verdadero lingüista es de esa naturaleza, interior y exterior. En línea con Locke, Munteanu respeta los tres fines principales del discurso: primero, dar a conocer sus pensamientos a los demás; segundo, hacerlo con la mayor facilidad posible; y tercero, transmitir el conocimiento de las cosas. Se abusa o se hace un uso deficiente del lenguaje cuando no se cumple cualquiera de esos fines. Hablando en este libro de *Don Quijote*, interpreta la aventura de la Cueva de Montesinos como «síntesis de otro componente del heroísmo quijotesco: el ferviente anhelo de conocer, la necesidad de descubrir todo el universo, de convertirse en un héroe del conocimiento costase lo que costase, tan característico del hombre renacentista, jamás contento con lo que sabe y conoce». Cervantes pone al servicio de ese anhelo una de las eclosiones lingüísticas más influyentes de la historia de la literatura. «Aunque llegase al abismo, habría de ver dónde paraba», dice el hidalgo. Y sosiega los temores de su escudero con la afirmación que mejor define a los héroes del conocimiento: «Tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada».

No es privativa del hombre renacentista la ambición del conocimiento total. Sin ella, no avanzaría la vivencia de la cultura. Es la que explica el trabajo de los investigadores que, al igual que Dan Munteanu, extraen del dominio lingüístico sus juicios sobre las grandes creaciones literarias y su significación en la historia del espíritu humano. Unamuno también creyó que la razón debe su origen al lenguaje. «Pensado articulada, o sea reflexivamente gracias al lenguaje articulado, brotó este lenguaje de la necesidad de transmitir nuestro pensamiento a nuestros prójimos [...] Pensar es hablar consigo mismo, y hablamos cada uno consigo mismo gracias a haber tenido que hablar los unos con los otros [...] En la vida ordinaria acontece con frecuencia que llega uno a encontrar una idea que buscaba, llega a darle forma, es decir, a obtenerla, sacándola de la nebulosa de percepciones oscuras que representa, gracias a los esfuerzos que hace para presentarla a los demás. El pensamiento es lenguaje interior; y el lenguaje interior brota del exterior. De donde resulta que la razón es social y común» (*Del sentimiento trágico de la vida, II*).

De la naturaleza social del lenguaje da cuenta el profesor Munteanu cuando habla de un escritor que fue su mejor amigo y también mío, José Antonio Otero. Sus *Pecios*, título de un libro de aforismos, «incitan indudablemente a una lectura interactiva. El lector/buscador de tesoros debe recurrir a todo lo almacenado en su memoria, transmitido o adquirido a través de lo oído y leído, a su “enciclopedia individual”, en expresión de Umberto Eco, o de la comunidad sociocultural a la que pertenece, y a la interpretación de la realidad por los distintos grupos socioculturales». Se pregunta: «¿Significa eso que los textos de Otero carecen de universalidad, o que están destinados únicamente al lector español y canario? Todo lo contrario. Porque, por muy difícil que resulte la existencia de una pareja ideal productor-receptor, capaz de identificarse plenamente, las reflexiones del autor giran en torno a conceptos, valores y antonimias universales, perennes y fundamentales, coordinadas comunes del alma perfectamente identificables por todo ser humano, incluso cuando hacen referencias directas al entorno canario: la Condición humana, la Sociedad, el Bien y el Mal, la Verdad, la Mentira, la Discreción, el Honor, el Amor, la Mujer, la Paz interior, el Arte, la Poesía, la Cultura, la Esperanza, la Soledad, la Fatalidad, la Impostura». En breve, todas las vivencias, emociones y afectos de la persona humana admirablemente vertidos en palabras articuladas, o sea en comunicación lingüística.

En sus *Lecciones de metafísica* afirma Ortega que «el lenguaje es ya por sí ciencia, la ciencia primigenia que encuentro ya hecha en mi contorno social; es el saber elemental que recibo de la comunidad en que vivo y que me impone desde luego una interpretación de las

cosas, un repertorio de opiniones sobre su ser. El lenguaje es por excelencia el lugar común, el saber mostrenco en que inexorablemente tiene que alojarse todo mi pensamiento propio, original y auténtico». De ahí, tal vez, la extraordinaria claridad del estilo de Munteanu, su verbalidad transparente cuando aborda los asuntos complejos y las creaciones más elevadas. Cita al crítico canario Jorge Rodríguez Padrón cuando habla de una de las ideas clave en la creación del poeta insular Eugenio Padorno: es «la contemplación y el diálogo con el otro, con la propia imagen multiplicada en los sucesivos rostros (cuerpos y voces) en los cuales logramos reconocernos». «Poética –agrega nuestro autor– que pone de manifiesto la convicción de Padorno de que la creación literaria no puede atenerse a fórmulas y estereotipos, y que para existir tiene que nutrirse de sus propias inquietudes».

«Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo», afirma el filósofo y lingüista Ludwig Wittgenstein. Munteanu lo sabe y es consecuente con el razonamiento de Heidegger: «El lenguaje no es solo un instrumento que, entre muchos otros y cual uno de ellos, posee el hombre; el lenguaje proporciona al hombre la primera y capital garantía de poder mantenerse firme ante el público de los entes. Únicamente donde haya lenguaje habrá mundo, esto es: un ámbito, con radio variable, de decisiones y realizaciones de actos y responsabilidades, y aún de arbitrariedades, alborotos, caídas y extravíos. Solamente donde haya mundo habrá historia. El lenguaje es un bien, en el sentido de primogénito de los bienes: Lo cual significa que el lenguaje asegura que el hombre pueda tener historia y *ser* histórico. No es uno de los instrumentos que están siempre al alcance de la mano; el lenguaje es todo un acontecimiento histórico: el que dispone la suprema posibilidad de que el hombre sea».

Revisten especial fascinación los estudios de Munteanu sobre Alejo Carpentier y la posición de la persona humana en una historia que siempre es cíclica, se repite o reproduce en tiempos distantes. La diferenciada percepción americana del tiempo y el espacio genera ciclos contradictorios en la confrontación entre dos universos, el europeo y el americano, que no son afines, y en la incapacidad de Europa de comprender América. Pero, a juicio de nuestro crítico, el hombre latinoamericano debe imponerse la tarea de descubrir la verdadera dimensión, especialmente espiritual, de su continente, de comprenderse a sí mismo con lucidez, junto al hombre europeo, que a su vez debe redescubrir en profundidad, más allá del conocimiento convencional y exterior, a veces encomiástico y mitificador y, por ello perjudicial, ese ya viejo Nuevo Mundo, penetrar en su esencia barroca, producto de todo lo que no ha sido descubierto aún, de la coexistencia de distintas edades históricas, culturas y

creencias, de sus dimensiones gigantescas, y comprender también el barroquismo del arte americano, creado –subraya Munteanu– por la necesidad de *nombrar las cosas*.

Nombrar las cosas. Esta es, sigue siendo, la clave del conocimiento, el impulso de convertir el lenguaje en espacio de encuentro después de muchos siglos de desencuentro. Porque «no hay nada fuera del texto», advierte Jacques Derrida. Y los textos de Carpentier, junto a los de otros escritores geniales, han hecho y hacen mucho más que la sociología y la política para aproximar los mundos distantes en el área común de la palabra. Ese lenguaje mágico de lo real maravilloso, esa opulencia y ese poder designativo nos empujan a reconocernos en el magnetismo del imaginario americano.

Pero no es efecto exclusivo de la palabra iluminada, de la metáfora preñada de sentidos. Incluso el pensamiento materialista reconoce el primado del lenguaje, que es para Marx «naturaleza sensible», elemento del pensar mismo e instrumento vital del pensamiento. «El lenguaje –escribe en *La ideología alemana*– es tan viejo como la conciencia, es la conciencia práctica, la conciencia existente también para los otros hombres y, por tanto, la sola conciencia de la que realmente puedo decir que tenga vida para mí. Al igual que la conciencia, el lenguaje nace de la necesidad, de la exigencia de tráfico con otros hombres».

Cada uno de los textos de este brillante volumen testimonia la agudeza crítica de un lingüista en ejercicio crítico, capaz de expresarse con análoga claridad en dos idiomas que son dos conciencias, dos culturas. Dan Munteanu Colan, valiosa figura de la docencia y la crítica en Las Palmas de Gran Canaria, da una hermosa lección de universalidad en el conocimiento de los hombres, las ideas y las cosas; de la imaginación, el análisis de la realidad y el instinto artístico que vehiculan las palabras. Una presencia de saber, sencillez y cortesía amical muy justamente estimada en el medio insular que ha elegido como escenario de vida y trabajo. Desde él contempla y proyecta el mundo con la mirada amable del mucho saber y la moderación del intelectual abierto a todas las aventuras del espíritu.